

King y las libélulas

(King and The
Dragonflies)

Kacen Callender

TRADUCCIÓN DE
DIANA GUTIÉRREZ

Kakao  books



A decorative border surrounds the central text area, featuring stylized leaves and beetles in various shades of gray. The beetles are depicted in different orientations, some facing left and some right. The leaves are of various shapes and sizes, some with prominent veins.

Primera edición: Noviembre de 2025

Título original: *King and the Dragonflies*

Editorial original: Scholastic Press

Text copyright © 2022 by Kacen Callender

Permission for this edition was arranged through the Gallt and Zacker Literary Agency, LLC.

© de la edición en español:

A. C. KAKAO BOOKS – Libros por la diversidad, 2025

www.kakaobooks.com – bookskakao@gmail.com

Reservados todos los derechos.

Ilustración de cubierta: Tonya Engel

Traducción: Diana Gutiérrez

Correcciones: Dean Morales-Valero

Maquetación: Scarlett de Pablo

Impreso en la UE.

El diseño de colección de KAKAO BOOKS es obra de Diana Gutiérrez. El logotipo está diseñado por Rodrigo Andújar Rojo.

ISBN: 978-84-128067-9-3

Depósito legal: BU 242-2025

Thema: YF

IBIC: YF



*A todas las personas que aman, pase lo que pase.
Estaremos bien.*





Las libélulas viven junto al bayou, pero es imposible saber cuál de ellas es mi hermano. Nunca había visto tantas por esta época del año. Hay cientos, quizá miles, posadas en las ramas de los árboles y en las rocas, tomando el sol, revoloteando sobre el agua marrón que brota de la tierra, surcando el cielo entre zumbidos con sus alas fantasmales. Felices en su paraíso de libélulas.

Quiero preguntarle a Khalid. Quisiera decirle:

—¿Por qué elegiste una libélula? ¿Por qué no algo más guay, como un león, una pantera o un lobo?

Y, si él siguiera aún en el cuerpo que ahora está enterrado en el cementerio de Richardson, puede que me diera un manotazo en la cabeza, esbozando esa sonrisa ladeada suya, y me dijera:

—Déjame en paz. Puedo ser lo que me dé la gana.

Y no podría discutírselo, porque sé que tendría toda la razón.



Me gusta buscar a mi hermano por las tardes junto al bayou, en el camino largo, caluroso y sudoroso de vuelta del colegio. Voy por el sendero de tierra que serpentea entre los arbustos espinosos de hojas grandes y suaves, a través de los árboles cubiertos de musgo y enredaderas, junto a las cigarras que hacen cricrí y los pájaros que cantan. Siempre me parece que esos árboles me observan. Como si tuvieran un secreto que contarme si me detuviera un momento a escuchar. O quizá sean los fantasmas, como dice mi madre:

—Aquí en Luisiana hay un montón de fantasmas que vigilan todos tus movimientos, así que es mejor que te portes bien.

Y eso hago: portarme bien, limitarme a patear las piedras que se cruzan en mi camino, pensando en mi hermano y en las libélulas y en el mundo y el universo, porque a veces es curioso pensar en lo pequeños que somos, sin importar en qué cuerpo estemos... cuando escucho un crujido detrás de mí.

Me vuelvo y veo que se acerca una camioneta blanca, oxidada, levantando polvo a su paso. Me aparto y me subo a la hierba seca que crece al borde del camino, esperando que pase de largo, pero la camioneta aminora hasta de-

tenerse justo a mi lado. Hay unos cuantos chicos blancos dentro, pero se me cae el alma a los pies cuando reconozco al conductor: Mikey Sanders.

Estaba en la misma clase que mi hermano. Odiaba a mi hermano. Mi hermano lo odiaba a él. Pero a Mikey Sanders lo odia casi todo el mundo por la sencilla razón de que ayudó a matar a un hombre. Nadie lo dice en voz alta porque saben quién es su padre; nadie admitiría ante un juzgado que el mayor de los Sanders golpeó hasta la muerte a un hombre negro junto a otros tres asesinos y luego lo arrastraron por todo el bayou. Pero todos saben que la camioneta blanca de Mikey Sanders fue la que arrastró el cuerpo. La misma camioneta que conduce ahora, aquí, delante de mí.

Tiene la cara enrojecida por el sol, unos ojillos azules y el pelo tan claro que casi parece blanco. Fuma un cigarrillo, aunque sé que aún no ha cumplido los dieciocho, y lleva una camisa de cuello alzado como si viniera de misa.

Mi hermano y Mikey llegaron a pelearse, y hablo de peleas de verdad, a puñetazo limpio. Mi hermano decía que Mikey era un racista, que lo llamaba negrata, que le hacía ruidos de mono y le dejaba plátanos en el pupitre. Incluso ató una camiseta en forma de sogá y la metió en la taquilla de gimnasia de mi hermano. Supongo que no es de extrañar, siendo Mikey Sanders nieto de Gareth Sanders, que fue miembro del KKK y desfilaba con túnica blanca y todo. Y ahora Mikey está aquí, mirándome como si estuviera pensando en arrastrarme también detrás de su camioneta.

No dice nada durante un rato. Solo me observa de arriba abajo, con el motor de la camioneta todavía encen-

dido y vibrando, casi tanto como tiemblo yo sobre mis pies. Sus amigos, en el asiento del copiloto y en la parte de atrás, están callados como muertos.

Mikey tira el cigarrillo al suelo y chasquea los dientes. Me estremezco, y sé muy bien el aspecto que debo de tener para él: parezco asustado, como si fuera a hacerme pis encima. Y me da igual, porque lo estoy. Estoy tan asustado como el día en que llegué a este mundo, llorando a grito pelado. Tenía miedo de estar vivo entonces y tengo miedo de morir ahora.

Mikey habla por fin:

—Siento lo de tu hermano.

No le contesto. No sé si lo dice en serio, si se burla o si solo quiere ser cruel. Se encoge de hombros, como si oyera todas mis preguntas y no supiera responder a ninguna.

—¿Qué haces por aquí? —pregunta, y sus ojos recorren los árboles que nos rodean.

Yo sigo sin decir una palabra. ¿Está tratando de averiguar si voy solo? ¿Quiere ver si podría matarme a mí también y salir de rositas?

Vuelve a mirarme, chasqueando otra vez los dientes. Tendrá un trozo de comida atascado.

—Vamos hacia el pueblo. —Se frota la nariz—. ¿Quieres subir atrás?

Algo me posee y consigo moverme. Niego con la cabeza, una sola vez, rápido y con fuerza. Mikey se revuelve en el asiento.

—Sabes, tu hermano... —No sé qué va a decir, pero quizá ni él mismo lo sepa, porque se interrumpe de golpe—. Nos vemos.

Y arranca, gira de nuevo hacia el camino y desaparece a toda velocidad, dejando tras de sí una nube de polvo. Yo me quedo en el mismo sitio. Respiro hondo, con el pecho tembloroso, y espero a que se me calme el pulso. ¿Qué diría mi padre si me viera así de asustado? ¿Qué diría mi hermano?

Sé lo que diría mi hermano.

—No se puede vivir la vida como un cobarde. Si siempre andas escondiéndote, entonces no vives de verdad, ¿a que no?

Tomo otra bocanada de aire y sigo caminando.



El camino de tierra se vuelve pedregoso, luego asfaltado, y llego a donde debería estar. Camino entre hileras de caravanas plateadas y casitas bajas revestidas de madera, con persianas y cortinas siempre cerradas. Las camionetas y los coches oxidados relucen bajo el sol, canalizando toda la luz del mundo y reflejándola hacia mis ojos. Hace calor. Han sido unos meses especialmente tórridos en Luisiana, pero hoy parece como si el mismo diablo hubiera salido de su tumba. Sudo por cada poro mientras avanzo, con los calcetines empapados y la camiseta pegada a la espalda. Llevo la mochila vacía, pero me pesa como si cargara con una tonelada de piedras.

La casa de mis padres está al final de una calle larga, algo apartada de las demás, con las paredes blancas descascarilladas y un jardín delantero de hierba amarillenta

y seca. Subo los escalones a zancadas y saco la llave de la mochila. Antes era la llave de Khalid. Es de cobre, como un penique desgastado. Las manos de Khalid eran más grandes que las mías cuando rebuscaba en su mochila y sacaba la llave al volver del colegio; el mismo cielo, el mismo calor, todo igual que antes, salvo por el hecho de que Khalid ya no está. Él abría la puerta y los dos nos lanzábamos hacia las sombras, empujándonos para ver quién llegaba antes al mando de la tele. Casi siempre ganaba Khalid, solo por demostrar que podía, aunque luego casi siempre me dejaba poner lo que yo quisiera.

Una luz tenue se cuela por las ventanas y las cortinas traslúcidas. El salón es todo de madera: paredes, suelo y muebles demasiado grandes para la estancia, con un plástico que cubre el sillón favorito de mi padre. Mi madre lleva años diciendo que tenemos que redecorar la casa, y creo que estaba dispuesta a hacerlo, pero últimamente solo se queda sentada mirando al vacío, con la mano apoyada en la barbilla, hasta que reacciona y sonrío. A veces esa sonrisa de mi madre me saca de quicio. Sé que es falsa. Ella sabe que es falsa. ¿Por qué siempre finge sonreír?

Mi madre sigue en el trabajo, en la oficina de correos, y mi padre en la obra, así que estoy solo. Intento no pensar en cómo Khalid se tumbaba en el sofá y se quedaba dormido con el móvil en la mano. En la tele echan una reposición de un anime cualquiera y me siento justo donde él se sentaba. Miro, parpadeo, pienso. ¿Qué iba a decir Mikey Sanders sobre mi hermano?

¿Sabe Mikey que mi hermano es una libélula?

Pasó en el funeral. Estábamos en la primera fila en la iglesia, donde hacía un calor sofocante. Alguien lloraba detrás de mí; la mayoría se abanicaba con los programas. Mi padre siempre me había dicho que los chicos no lloran, pero ese día él tenía la cara empapada. Le caían lágrimas por los ojos, la nariz, la barbilla, y no se molestaba en secárselas ni en disimular. Yo no sabía que una persona pudiera tener tanta agua dentro, como si escondiera un océano entero bajo la piel.

Mi madre apretaba con fuerza un pañuelo sobre el regazo y no parpadeaba. Miraba fijamente el antiguo cuerpo de mi hermano en el ataúd. La gente suele decir que los muertos parecen dormidos, pero yo no lo veía así. Sé el aspecto que tenía mi hermano cuando dormía. Soñaba todo el rato. Sonreía, fruncía el ceño ante algo que yo no podía ver, a veces incluso se reía antes de murmurar algo y darse la vuelta. Algunas noches hasta me hablaba.

Compartíamos cama en nuestro cuartito y a veces le daba una patada para que se callara y me dejara dormir, pero otras veces me quedaba sentado, abrazándome las rodillas y escuchándolo. Casi siempre decía cosas sin sentido, o hablaba tan bajo que no entendía lo que murmuraba, pero a veces me susurraba secretos sobre el universo. Era como si le hubieran dado una entrada especial para ver un mundo mágico en sueños, aunque luego no recordara nada al despertar.

Ese chico tumbado en el ataúd no estaba dormido. Ni siquiera era mi hermano. Era como la piel mudada de una serpiente, abandonada en el suelo, olvidada y vacía. Me

enfadé mucho aquel día. ¿Por qué llorábamos por una piel olvidada? Era como llorar por el capullo de una polilla. Si Khalid nos hubiera visto llorar por su antiguo cuerpo, ¿qué habría hecho?

Mi hermano podía colarse en otros universos en sueños. «Todos estamos hechos de luz».

Eso fue lo único que pensaba cuando, al empezar a cantar el coro, una libélula entró por la ventana. Sé que sus alas debían ir a mil por hora, pero fue como si de pronto se ralentizaran y sus dibujos cristalinos brillaran como joyas. El cuerpecillo verde y los ojos enormes flotaron hasta posarse en el borde del ataúd.

A veces me quedaba despierto toda la noche, sentado en la cama, escuchando a mi hermano hablarme de esos otros mundos que él podía ver.

«Hay un cielo púrpura, King. Hay setas tan altas como árboles. Tengo alas de libélula».



He debido de quedarme dormido en el sofá, porque lo siguiente que noto es que mi padre suspira mientras se inclina sobre mí. La cadena le roza la mejilla y, cuando me sacude el brazo, me golpea el olor salado del sudor de un día duro de trabajo.

—¿Qué te dije de quedarte dormido con la tele puesta? ¿Eh? —Su voz es suave, así que sé que no está enfadado.

—Lo siento, señor.

Me incorporo. La pantalla de la tele ya está en negro, el salón en silencio. A veces esta casa parece un cementerio.

Mi padre se queda observándome un instante. No sé lo que piensa, pero podría adivinarlo: que estoy creciendo deprisa, que teme perderme también, que me parezco a mi hermano. Eso es lo que yo pienso cada vez que me miro al espejo. Mi rostro cambia de repente, se transforma tan rápido que a veces me asusto y creo que hay un niño fantasma en mi cuarto, el fantasma del que fue mi hermano. Pelo negro rizado, ojos marrones y piel morena, de ese color que tiene «un aire criollo», como dice mi madre.

Mi padre se va sin decir nada más. La puerta de su dormitorio se cierra al fondo del pasillo.

Mi padre se rompió en pedazos el día que murió mi hermano: un trozo de corazón por aquí, un poco de su mente por allá, un fragmento de alma perdido quién sabe dónde y a saber si lo encontrará algún día... Lleva desde entonces recogiendo los pedazos poco a poco. Si supiera la verdad, si supiera que mi hermano no se ha ido del todo, estoy seguro de que lo llevaría mejor.

Pero no puedo contárselo. No puedo decirle que mi hermano se ha convertido en una libélula, porque fue él mismo quien me lo confesó en sueños. Vino a mí como siempre hace, al menos una vez por noche; vino y me dijo que los secretos es mejor guardarlos, porque a veces la gente no está lista para oír la verdad.

—Y no pasa nada, King —dijo—, porque tampoco necesitas que los demás la sepan. Basta con que tú la lleves dentro.



Me llamo King.
Bueno, en realidad me llamo Kingston,
pero todo el mundo me llama King.

Kingston Reginald James.

Odio mi nombre. Suena arrogante para todos, incluso si me acaban de conocer. Aunque no sepan ni quién soy. Mi madre y mi padre me contaron una vez, mucho antes de que muriera mi hermano, que me llamaron King para que recordara quién soy, de dónde vengo, que tengo antepasados que gobernaron sus propios imperios antes de que se los arrebataran, que llevo sangre de dioses... Eso dicen ellos, y quizá tenga sentido, pero no cambia el hecho de que todo el mundo me mire como si fuera tonto cada vez que digo mi nombre.

King James, el rey.

¿Es una broma o qué?

Procuro asegurarme de no actuar tan arrogante como suena mi nombre. Callo la boca salvo si alguien me pregunta directamente; digo siempre por favor y gracias; abro las puertas y ayudo a cruzar la calle a las abuelas con bolsas; digo «sí, señor» y «sí, señora» tal y como me enseñaron. La mayoría cree que, como hablo poco, soy el rey más tímido que ha pisado la Tierra, pero no soy tímido, simplemente no me gusta hablar de más. Y desde que Khalid ya no está, hablo todavía menos.

Mi padre me deja en el colegio de camino a la obra, como cada mañana. Antes de que pueda saltar de la camioneta, me pone una mano en el hombro y hace lo habitual estos días: me mira a la cara tanto que parece que esté intentando memorizar cada poro de mi piel. Quizá en ese instante recuerde cómo llevaba a mi hermano también hasta la puerta del colegio.

—Que tengas buen día —dice, apretándome un poco el hombro.

—Gracias, señor.

Vacila.

—Te quiero.

Mi padre nunca dice esas palabras. Jamás las he oído de su boca ni una sola vez. Ni dichas a mi madre, ni a mi hermano, ni a mí.

Mi madre, antes de que todo cambiara, sí que las decía cuando me abrazaba o me daba las buenas noches; ese tipo de «te quiero» que casi parece el inicio de una canción o de un poema largo, con esa sonrisa tan suya —una sonrisa

de verdad, no la sonrisa falsa que ahora pone todo el tiempo—, para que yo supiera que sí, que mi madre me quería y me querría siempre, pasara lo que pasara.

Khalid también decía esas palabras, pero rápido, casi como una broma entre nosotros. «¡Te quiero, hermanito!». No las decía siempre, pero sí antes del campeonato de fútbol, cuando tenía que ir a Misisipi un fin de semana, o cuando viajaba a Washington D. C. con el equipo de debate. Me revolvía los rizos enmarañados con una risa. «¡Te quiero!».

Pero jamás había oído a mi padre decir esas palabras. Me quedo helado cuando lo oigo. No tengo ni idea de qué hacer.

Él me suelta y aparta la mirada sin decir nada más, con el motor aún rugiendo. Yo me deslizo del asiento al suelo y cierro de un portazo. La camioneta se aleja y me quedo allí parado, como si pensara echar raíces. ¿Tendría que haberle dicho «te quiero» yo también? Suena raro. A mi padre. No es que no sea verdad, claro que le quiero. Pero es el tipo de cosas que no se dicen. Al menos, no entre nosotros.

De repente, alguien salta sobre mi espalda y casi me tira de cabeza contra la tierra. Me doy la vuelta.

—¡Darrell!

Él se parte de risa. Darrell siempre se ríe. Su risa antes se me pegaba, pero últimamente solo quiero preguntarle por qué cree que todo es tan gracioso todo el rato.

Anthony también está allí con la mochila colgada del hombro.

—¿Qué haces ahí plantado? —pregunta.

Echamos a caminar. Pasamos la cancha de baloncesto y cruzamos el campo de hierba verde parduzca hasta el banco donde todo el mundo se sienta antes de clase. Bueno, no todo el mundo. Camille decidió que ese banco era solo para la gente que le cae bien y, si alguien más intenta sentarse, lo echa a voces. Sé que no está bien, pero tampoco quiero pelearme con ella, así que cierro la boca y me siento con los demás.

El grupo es tal que así: Está Darrell, que es el más bajo de todos, pero le gana a cualquiera en baloncesto (y luego se ríe en su cara). Está Anthony, que es blanco y probablemente el más maduro, porque tiene catorce años y repitió curso por no hacer los deberes (dice que está muy liado ayudando a su padre a pescar cangrejos de río), pero también es de esos que escuchan y no juzgan ni se portan mal con nadie. Está Breanna, que es la más alta de todos, pero no sé mucho más de ella, salvo que es la mejor amiga de Camille. Y está Camille, que dice ser la chica más guapa de la clase porque tiene la piel clara y no tiene los ojos marrones... pero yo en secreto creo que Jasmine es aún más guapa. Jasmine tiene la piel y los ojos tan oscuros como Lupita Nyong'o y un pelo espeso que la rodea como un halo. Sus ojos se alzan un poco en las comisuras, enmarcados por largas pestañas. No se esfuerza demasiado en llamar la atención. Eso es lo que más me gusta de ella.

Jasmine está sentada en el respaldo del banco, con las Converse sobre el asiento. Yo me siento a su lado.

—¿Cómo estás? —me pregunta, y me gusta porque no lo dice en plan «¿estás bien después de lo de tu hermano?», sino más bien como «puedes contarme lo que quieras cuando tú quieras».

Le digo que estoy bien y empezamos a hablar de nuestros animes favoritos hasta que Darrell nos interrumpe con ruiditos de beso.

—¡Para ya, Darrell, eres un pesado! —dice Camille.

—¡Yo no soy pesado! ¡Pesada lo serás tú! —grita él.

Ella se lleva las manos a la cintura.

—Buen contrataque, Darrell. Impresionante.

La cara de Darrell se pone morada y es obvio que intenta pensar en una respuesta mejor. Camille sonríe con sorna.

—¡No te vayas a lesionar el cerebro, eh!

Jasmine pone los ojos en blanco, pero noto que está un poco avergonzada porque yo también lo estoy. ¿Es que un chico y una chica no pueden ser solo amigos sin que todos crean que son novios? Jasmine me mira como pensando lo mismo.

Pero entonces me pregunto: ¿Y si Jasmine quisiera salir conmigo? Nunca he tenido novia. Creo que Jasmine tampoco ha tenido novio. Si nos gustamos, ¿deberíamos hacerlo? ¿Qué diferencia hay entre que me guste como amiga o como novia? Y si empezáramos a salir... ¿significaría que tenemos que besarnos, darnos la mano, bailar juntos en la fiesta de invierno? Quizá pueda preguntárselo a Khalid en el camino de vuelta del cole. Él les encanta a las chicas, siempre están pendientes de él, siempre le piden salir y...

Y entonces me acuerdo, y una mano invisible me aprieta el corazón.

El dolor se me debe de notar en la cara, porque Jasmine susurra:

—¿Estás bien, King?

—Sí —respondo, rezando para que no diga nada más. No quiero que nadie me mire, no ahora, no cuando siento el escozor de la sal en los ojos.

Mis rezos funcionan, porque Jasmine asiente y lo deja estar. No tengo que preocuparme: los demás siguen a lo suyo.

—Déjalos en paz, Darrell —dice Camille, dándole un manotazo—. Estás celoso.

Él se lleva la mano al pecho, fingiendo ofensa.

—¿Celoso yo?

—¡Sí!

Y esta vez Darrell se ofende de verdad.

—¿Y de qué, a saber?

—Celoso porque tú no le gustas a nadie. —Camille sonríe con malicia—. Bueno, salvo a Breanna.

Breanna parpadea varias veces.

—¿Qué? No. Yo no... A mí no me...

El silencio dura unos largos instantes. Breanna agarra su mochila y se va de allí a toda prisa. Darrell levanta una ceja.

—Espera, ¿a Breanna le gusto? ¡Haríamos una pareja horrible! ¡Es demasiado alta!

—No, tú eres demasiado bajo —dice Camille.

Eso sí que hace saltar a Darrell.

—Hay un montón de hombres bajos, ¿sabes? Bruno Mars, Kevin Hart...

Jasmine niega con la cabeza y se levanta del banco.

—Eso no ha estado bien, Camille.

—Aziz Ansari, y ese tío de todas las pelis de Harry Potter...

Camille se encoge de hombros.

—¿Y qué? Nunca va a pasar nada si no le cuenta a nadie quién es su *crush*.

—Pero no tenías que haberlo contado tú —dice Jasmine.

Camille entorna los ojos; no le gusta que le lleven la contraria. Pero Jasmine vuelve a negar con la cabeza y anuncia que se va a buscar a Breanna. Echa a correr, la mochila golpeándole la espalda. Darrell se sube donde estaba ella a mi lado en el banco.

—No puede ser que a Breanna le guste yo. ¿A que es demasiado alta, King?

—No sé. —Aún noto la garganta cogida. Trago saliva mientras jugueteo con la cremallera de mi mochila—. ¿Importa algo eso?

Frunce el ceño.

—Pues sí. Claro que sí. El chico tiene que ser más alto que la chica.

No me gustan las discusiones. No me gusta hablar si nadie me pregunta. Así que no sé por qué las palabras me salen disparadas:

—¿Y quién lo dice?

Darrell entorna los ojos.

—¿Qué te pasa hoy?

No le contesto. Pesco la mirada de Anthony, pero él aparta los ojos y dice que tiene que ir a la biblioteca antes de clase. Se marcha y quedamos Darrell, Camille y yo.

—Claro que importa —insiste Darrell.

—Eh —dice Camille, sentándose otra vez—. Mirad, ahí está Sanders.

Yo sigo jugando con la cremallera y no levanto la vista. Ese es uno de los juegos favoritos de Camille: meterse con el hermano pequeño de Mikey, Sandy Sanders. Nunca me gusta lo que Camille dice de él.

—Dios, qué raro es —dice sonriendo—. Tan flaco y tan pálido. No necesita ni ponerse una sábana del KKK. Puede ir a una manifestación tal cual y encajaría.

Darrell se parte de risa, aunque Camille ya ha hecho esa misma broma otras veces.

—¿Y sabéis qué? —Camille alza la cabeza hacia nosotros—. Me contó Nina que Zach le contó que Sandy estuvo en la biblioteca ayer.

—¿Y qué? —dice Darrell.

—Pues... —responde ella muy despacio—. Que lo vieron en la sección de libros gays.

—¿De verdad? —Darrell se inclina tan deprisa que parece que va a caerse del banco.

—¡De verdad! Estaba mirando un libro sobre chicos gays.

—Yo he oído que lo mismo es gay —dice Darrell—. Me lo contó Lonnie el año pasado. Que él lo dijo o algo así.

—Ni hablar —dice Camille—. Me habría enterado.

No sé por qué lo digo. No sé qué me posee.

—Sí, es gay.

Camille y Darrell me miran. Oigo las palabras de Jasmine: «No tenías que haberlo contado tú». Pero bajo la vista otra vez, jugueteando con la cremallera.

—Me lo dijo él mismo una vez.

Camille me grita al oído:

—¿Pero por qué no me lo contaste? ¿Por qué no dijiste nada?

Ojalá me hubiera callado como siempre.

—No me pareció importante.

—Es superimportante si eres... —Y aquí Darrell suelta una palabra que yo jamás diría, nunca en la vida, al margen de lo que piense acerca de los gays.

—Y no es justo que no lo cuentes —añade Camille—. La gente se merece saber algo así.

Sé que debería callarme, lo sé.

—¿Y por qué iba a ser asunto de nadie?

Suena el timbre. Darrell salta del banco.

—Estás rarísimo hoy.

Camille también se pone de pie y ambos se alejan, pero yo sigo sentado. ¿Estoy más raro hoy que ayer o que el día anterior?

—¡Vamos, King! —me grita Camille.

Me echo la mochila al hombro. Al caminar, me fijo en que Sandy Sanders me mira desde el otro lado del campo, pero en cuanto lo pillo, sale casi corriendo hacia clase.

Sandy ni siquiera es su verdadero nombre. Se llama Charles. Deberían decirle Charlie, igual que a su hermano Michael lo llaman Mikey. Pero de alguna forma se quedó

en Sandy, y es como todos lo conocen. Odia su apellido, Sanders, y todo lo que significa en este pueblo.

Esa fue la primera conversación que tuvimos hace meses; conversación de verdad, no sobre programas favoritos ni cosas así, sino sobre algo importante. Eso y que a los dos nos gustaba el anime, igual que a Jasmine, y también me dijo que tampoco odiaba tanto este pueblo como los demás, que sueñan con marcharse a Nueva Orleans, Atlanta o Miami.

También hablamos de otras cosas en el camino de vuelta del colegio. Qué tipo de personas queríamos ser, qué cosas queríamos hacer. Ninguno lo tenía claro, así que íbamos soltando ideas según nos venían:

—Panadero.

—Biólogo marino.

—Técnico. Programando *apps* y esas cosas.

—Apicultor.

—¿Eso existe de verdad? —Me reí.

Él se encogió de hombros. A veces seguíamos así durante horas.

Pero la última conversación que tuve con Sandy Sanders fue cuando le dije que no podíamos ser amigos.

Es lo que me viene a la cabeza cada vez que lo veo.

Me pregunto cómo sería todo si no le hubiera dicho que teníamos que dejar de hablarnos. Me pregunto si debería ir a pedirle perdón para que podamos volver a charlar en el camino de vuelta a casa como antes.

Pero sé que no puedo ser su amigo, porque eso fue lo que me dijo mi hermano.

A Khalid la verdad es que no le importaba mucho lo nuestro, incluso sabiendo que Sandy era el hermano de Mikey. Fue porque oyó lo que Sandy me dijo aquella tarde cuando estábamos en la tienda de campaña del jardín. Y entonces mi hermano me dijo esa misma noche, mucho después de apagar la luz, que debía alejarme de Sandy Sanders.

«No querrás que la gente se piense que tú también eres gay, ¿no?».

Eso fue lo que dijo. Y eso fue lo que me llevó a hablar con Sandy Sanders al día siguiente. Lo que me hizo decirle que no quería ser amigo suyo. Lo que todavía hoy me impide hablar con él. No puedo ser amigo de Sandy si sé que mi hermano no lo hubiera querido.

